The Red Sessions

*

-Ha pasado lo que *yo* dije que pasaría -dijo Margaret quitándose las gafas de sol, completamente inútiles en un pueblo lluvioso como Heartsville, y depositándolas encima de la mesa del bar, junto a la taza de café. Las cuatro amigas estaban sentadas en la entrada, junto al ventanal que daba a la húmeda calle. Todavía no había terminado de despuntar el amanecer y la pequeña ciudad barruntaba la actividad torpe y aturdida de los días aciagos.

En el bar de John, que era casi tan anciano como las mujeres y bastante menos enérgico, la clientela hablaba en un murmullo alto. El bordoneo de sus conversaciones era una plaga de mosquitos sobre la niebla de los cafés y el espeso aroma de la pastelería. Echando un vistazo a la escena cualquier observador casual diría que en el bar de John cada día se consumía una cosecha de manzanas en forma de tartas. Margaret sorbió su café y gruñó. Hervía y sabía amargo como el infierno. Le añadió dos terrones de azúcar y lo dejó templar. Cortó un pedazo de tarta de manzana y se lo llevó a la boca. Riquísimo, igual que magdalenas celestiales. Sus tres amigas la miraban hacer esto como si encerrada una dosis de locura senil.

-¿Qué os pasa? -dijo Margaret sin dejar de masticar el dulce. Era la más joven del cuarteto de amigas, la que tenía el cabello más blanco y cuidado –su volumen ochentero era motivo de envidia-, y la más descarada.

-Tú no sabías *nada* -dijo Adela con una mueca. Cuando no hacía gestos, la piel de Adela parecía tersa bajo el maquillaje, y su perfecta elegancia distinguían una economía holgada. La seda era su tela preferida, y la peluquería su salón predilecto. Su difunto esposo, Anton Lucas, les había legado a ella y a sus hijos una fortuna razonable.

-Claro que lo sabía -insistió Margaret fingiendo unas notas de ofensa-. No soporto que dudéis de mí, y no voy a consentirlo. Puedo demostrar que lo sabía...

-¿Cómo? -preguntó Paula con una sonrisa doblada. Paula Baker era una mujer excesiva en cualquier aspecto que se pudiera juzgar: bastante obesa, bastante arrugada incluso debajo de sus generosa capa de lípidos y endiabladamente astuta.

-Pues porque os lo dije -respondió Margaret bebiendo café-. Ahora está mejor. John hace el mejor café de Heartsville.

-John no sería nadie sin la inestimable ayuda de los sabios cafeteros colombianos -ironizó Berta Kauffman, que en su juventud mantuvo un fugaz y escandaloso romance con John. Hacía de eso cuarenta años y no le había perdonado que la abandonara por la zorra de Maila Watts, aunque solía mentir cuando afirmaba que lo que hirió su orgullo no fue su propio despecho, sino que fuera John quien dio a conocer sus peculiares gustos eróticos, de los que el mismo John se benefició ampliamente-. John no sabe hacer nada.

-Déjale en paz, pobre John -defendió Adela sin torcer la expresión-. No es culpa suya que te guste que *te amarren* en la intimidad, querida.

-Al menos yo disfruté de mi juventud -se defendió Berta.

-¿Cuándo dijiste que pasaría... en fin, esto? -continuó Paula.

-Menudas chochas. Lo dije hace dos semanas. Lo recuerdo perfectamente: "antes de un mes, un muerto. Al tiempo. Son las lluvias, que lo vuelven a uno loco; los inviernos largos siempre le han sentado mal a este pueblo. Como si no fuera suficiente lo que hay debajo de la tierra".

-Eso lo dices a primeros de cada mes, Margaret -refutó Berta.

-Claro que no... Cuando lo digo, pasa.

-Vamos... Aciertas sólo porque aquí muere *demasiada* gente.

-Al menos lleva razón en una cosa -agregó Adela colocándose bien el pelo detrás de la oreja-, llueve demasiado. No puedo soportar tantas tormentas. Es horrible para mi pelo. ¡Se electriza!

Las amigas aplaudieron la broma con unas risas y guardaron unos segundos de silencio. Tomaron café, comieron pastel de manzana y auscultaron el zumbido del bar a la caza de cotilleos. Las cuatro percibieron simultáneamente una infidelidad en la mesa de al lado, ocupada por un hombre bien vestido de unos cuarenta años, no muy apuesto pero seguro de sí mismo, y una mujer de treinta y pocos.

-Ese hombre lleva casado con su mujer al menos veinte años -dijo Margaret con el tono de voz de quien ha visto una serpiente repugnante, pero no peligrosa-. Tiene tres hijos, uno de ellos de veinte años, un mal estudiante que hace cualquier cosa por llamar la atención. Haced cuentas.

-Se casaron porque ella se quedó embarazada -explicó Paula.

-El siguiente chico tiene quince años, pero parece turbio -dijo Adela.

-Parece simpático, y muy feliz... Ja ja, tiene su primera novia, una bonita adolescente de dieciséis años -declaró Berta. Tenía los ojos fijos en la superficie negra del café, como sujetos por cadenas de aire, y si bien sonreía, su expresión parecía amarga.

-No le quedan de vida más de dos meses, Dios mío -siguió Adela, tapándose la boca con una mano-. Oh, por favor...

-Hay sangre... en su boca... -Paula parecía congestionada-. Bendito sea Dios, tiene cáncer... cuando lo descubra se habrá extendido por todo su cuerpo... no... los médicos no podrán hacer nada por salvarle la vida. ¿Cómo se llama?

-Nicholas, aunque le dicen Nicky, como al padre -respondió Margaret.

Paula se levantó pesadamente. Pese a la edad y a su obesidad, poseía una fuerza sorprendente que desde luego no procedía de su cuerpo sobrecargado; dentro de su anatomía habitaba una bailarina clásica dotada de una energía brutal. El gesto duro y arrugado de Paula se encaminó hacia la mesa de al lado. Adela le hizo sitio para que pasara y Margaret le preguntó qué se disponía a hacer.

-Voy a decirle que lleve a su hijo al médico ahora mismo, maldita sea... -y

siguió su camino. Se detuvo ante el adúltero. El hombre se sintió sobrecogido delante de la enorme mujer.

-¿Puedo ayudarla en algo? -preguntó enseñando todos los dientes en su sonrisa. Se mostró cautelosamente amable, lo suficiente para ganar puntos delante de su chica.

-Señor Nicholas, vaya enseguida al instituto, o adonde demonios esté su hijo Nicky, y llévelo al médico.

-¿Perdone? Creo que no la he entendido. Quizás se confunde usted de persona...

-¿Es usted Nicholas Morse?

-Nicholas Morse, de la calle Summer... -dijo Adela alzando la voz para hacerse oír sobre el bordoneo del bar. Cuando el tal Morse la miró sorprendido, ella añadió, a modo de disculpa-: En mis años fui cartero. Por eso lo sé.

El hombre se levantó. Era más alto y más fuerte que Paula, pero irradiaba menos energía, de una forma extraña que ninguno de los testigos, a excepción del grupo de amigas, podría explicar.

-No sé a qué juegan, pero es de muy mal gusto interrumpir...

-Mire, señor Morse; me da igual si se tira a esa chica; es asunto suyo. Pero podría avisar a su mujer, y b haré sin dudarle si no hace ahora mismo lo que le digo. Como ve, sé donde vive usted. Su hijo tiene cáncer y va a morir.

El rostro de Nicholas Morse se tensó como la cuerda de un violín. La amante abrió los ojos como platos, espantada sin saber por qué. Aquella mujer podía ser una vieja loca. Sin embargo, algo de su historia resultaba terriblemente verosímil.

-¿Se ha quejado de dolores de estómago últimamente? -insistió Paula.

-Pues... sí, pero... en fin, siempre ha estado mal de la barriga; tiene unas medicinas para el dolor.

-Bien, ahora su hijo sufre cáncer. Llévelo al médico. Ahora mismo. Sáquelo de clase si es necesario. Si no hace lo que le digo, el niño no sobrevivirá. Y yo le mataré a usted. Sé que no me cree, *pero sólo tendría que proponérmelo*. -La voz de Paula se agravó y retumbó en su enorme pecho igual que el gruñido de un dragón-. ¿Qué me dice?

El hombre se volvió hacia su amante. No sabía si creer algo tan estúpido, pero algo de la mujer, temiblemente perturbadora, tenía la capacidad persuasiva del mismísimo Demonio.

-Sally, levántate. Te llevaré a tu casa y yo... Yo tengo que hacer algunas cosas.

Sally se levantó enseguida. No dejaba de observar a las ancianas con la expresión aterrada -por ellas, que sabían demasiado, y por el pobre Nicky-. Salió del bar a paso rápido y jamás regresaría al local de John.

-No tengo por qué creer algo tan estúpido -dijo Morse-. Pero no pierdo nada por probar.

-Al contrario -dijo Berta, algo aliviada-, ganará. Ganará a su hijo.

El tipo desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Las chicas sabían que apretaba el acelerador como si la vida le fuera en ello en dirección al instituto.

-¿Se salvará? -preguntó Paula, todavía de pie e inquieta.

-Sobre la vida nunca se sabe, pero creo que sí -respondió Adela-. Nicky es un chaval fuerte... y de repente ya no le veo tan turbio. Es una buena señal.

-Gracias a Dios -dijo Paula, y fue a pedir otro café.

*

Una única ventana, situada muy alta junto a la puerta mecánica de madera y chapa, filtraba toda la luz del garaje. Puesto que el día era lluvioso y frío, el interior parecía velado por un resplandor ocre, color piel de otoño. No había coche, aunque sí una moto arruinada tirada en una esquina del fondo, junto a la escalerilla que subía a la casa. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de madera vieja, a su vez atestadas de instrumentos de mecánica; había un punzante olor a gasolina flotando en la habitación oscura, entre los martillos, los clavos, las tablas desordenadas, las lonas, los instrumentos grasientos y los cables pelados. También había una generosa sección de cadenas colgadas del cielo raso; unas, las más simples, pendían rectas y se balanceaban ligeramente; otras estaba prendidas por ambos extremos de forma que dibujaban arcos, como espumillones industriales en época de Navidad. Algunos espacios en las paredes mostraban arandelas, más cadenas finas, cuerdas, máscaras de cuero y correas de piel. Había algunas manchas de sangre seca. En un rincón se apilaban antiguos artefactos de madera, piezas de tienda de antigüedades, vicios de nuestros ancestros; potrillos eróticos, una silla dotada de un desproporcionado falo de madera y otros artilugios sexuales. En el suelo del garaje, justo en el centro, había un colchón cubierto por una fina sábana de seda color rojo oscuro. En la oscuridad parecía negra, pero era más bien de un vivo tono sangre.

Tumbada sobre el colchón había una mujer desnuda. Tenía el precioso cuerpo de una guapa muchachita rubia; debía contar unos veintidós años. Poseía unos pechos firmes, aunque en aquel momento parecían deformes debido a la prensa que hacían dos bandas de cuero marrón, atadas por encima y por debajo. Tenía las manos atadas con cadenas detrás de la espalda y los músculos de sus brazos aparecían rojos y entumecidos. Posiblemente llevaba mucho rato allí tendida y amarrada, sin hacer nada más que esperar, observar y sentir dolor. La habían amordazado con una tela verde de seda.

Delante de ella, en el lado de la escalera, permanecía de pie un tipo de unos cincuenta años. Tan sólo vestía unos pantalones de cuero negro recortados por la entrepiernas, y no llevaba calzado ni ninguna prenda en el pecho velludo y musculoso. La cabeza, sin embargo, aparecía embozada en una máscara oscura, al igual que su miembro erecto. El hombre dejó de observar a la chica y miró a su compañero, que la miraba por detrás. También ocultaba la cabeza bajo una capucha de cuero; por lo demás mostraba su cuerpo como Dios lo trajo al mundo.

Con una mano se apretaba el pene una y otra vez para conservar la erección, aunque a duras penas lo lograba. No obstante, no le preocupaba. Hacía mucho tiempo que sólo conseguía una polla en condiciones cuando vivía una experiencia de las que hacen época. Tristemente eso no ocurría a menudo. En todo caso, con la otra mano sujetaba una cuchilla de afeitar manchada de sangre procedente de la chica. El cuerpo de Ann Beetham estaba perlado de sangre; las gotas rojas manaban de su piel como pequeños exploradores de color carmesí, procedentes de cortes finos y largos de cirujano.

El segundo hombre se subió en el colchón y puso las piernas al lado de la cabeza de la chica. Sonrió a su compañero desde la oscuridad del antifaz y se agachó. Sus genitales se aplastaron contra el rostro demacrado de la joven, que giró la cabeza y gimió bajo la mordaza. El enmascarado se inclinó hacia adelante, se apoyó en el colchón con una mano y con la otra hundió la cuchilla en la vulva de la chica. Ann Beetham volvió a gemir, ingrediente indispensable para que aquel extraño lograra una verdadera excitación sexual. Su erección tomó forma contra la mejilla de la víctima. Un chorro de sangre salió de la herida. El hombre bajó la cabeza, abrió la boca y le dio un largo y áspero lamido al líquido, tan caliente y fluido que... Sí, esta zorra se ha meado, pensó el hombre, hundiéndose de nuevo la vulva. El grado de erección actual de su miembro sería suficiente para follársela a gusto. Si se daba prisa, podría echarle un buen polvo. Se incorporó y quedó de rodillas encima de Ann, con la polla colgando, grande e inestable. Se puso en pie y cambió el sitio con su compañero. No se tomó tiempo para cortejar ni demostrar cariño por la rubia postadolescente. Colocó la polla en la entrada y embistió lanzando la cintura. Se abrió camino entre la carne y la sangre con tal fuerza que el cuerpo de la chica tembló como si hubiese sufrido una descarga eléctrica. Posiblemente eso era lo que acababa de transferir el violador a su víctima. Una corriente infernal de mil voltios.

Mientras tanto, su compañero, bien provisto de una erección que nunca le causaba problemas, se acercó al estante más cercano a la puerta y buscó entre los instrumentos. Todo estaba pringoso y manchado de gasolina y aceite. Martillos, clavos, llaves inglesas, dosificadores de grasa, tubos de silicona, cuchillos y, ajá, aquí está. El hombre quitó de encima del artículo una cajita de madera podrida llena de remaches y recogió el hacha de mango pequeño. Tuvo que sostenerla muy cerca de la sierra para evitar que un movimiento brusco partiera el palo y lanzara el acero a cualquier sitio. Regresó al colchón. La chica lloraba, algo aturdida debido a unas ligeras drogas que le habían suministrado previamente, y su amigo movía su ancha cintura de toro encima de sus preciosas caderas. Igual de fuerte y torpe que un toro, pensó. Suponiendo que los toros sean torpes.

-Mierda, ya... -gimió el violador-. Ya-ya-yaa...

El otro le miró y empezó a manipularse el pene. Lo dejó hincharse un poco y soltar algunas gotas expedicionarias y, levantando su poderoso brazo de leñador, dio un golpe seco con el hacha sobre el cráneo de Ann, de lado, consiguiendo destapar toda la parte alta de los sesos de un único intento. Parte del cerebro se desprendió y cayó sobre el colchón y el suelo.

-No ha sido gran cosa -dijo el otro, dando las últimas sacudidas sobre Ann

Beetham.

*

Lucy Thibault se metió bajo la marquesina de una cafetería para resguardarse del aguacero y echó de menos el maldito paraguas. Odiaba ir cargada con la dichosa bestia parda de Heartsville, tan necesaria en la pequeña ciudad de entremontañas como el comer cada día o echar un polvo con el novio de vez en cuando. En este aspecto Lucy, de veintidós años y con una amplia vida sexual, se sentía bastante satisfecha. Se sabía deseada y, si un chico se lo curraba bien, le dejaba hacer su trabajo de hombre. A veces sospechó de sí misma que era algo puta, pero precisamente en eso radicaba el encanto, en saberse una pequeña zorra sin angustias ni complejos y disfrutar de su cuerpo antes de que se viniese abajo, porque tarde o temprano eso siempre ocurría, incluso en una anatomía tan apetecible e improbable como la suya. Tenía una figura preciosa, llovía, hacía frío y su amiga Ann Beetham no llegaba. Se retrasaba veinte minutos y Lucy empezaba a ponerse nerviosa. ¿Se había quedado dormida? Lo dudaba, le envió un mensaje al teléfono móvil al despertarse para preguntarle qué iba a ponerse. Lucy y Ann tenían un par de entrevistas de trabajo y llevaban una semana sumidas en el asunto de elegir ropa; y aunque habían llegado a un acuerdo -terminaron por prestarse prendas, dado que gastaban las mismas tallas y lucían igualmente preciosas-, finalmente Ann tuvo dudas y empezó de nuevo. ¿Qué le convenía más?

Joder, Ann, date prisa, me estoy helando, pensó Lucy frotándose los antebrazos. Unos segundos después, algo alterada -ya no tendrían tiempo de desayunar juntas antes de las entrevistas-, pasó al interior del establecimiento y se acercó a un teléfono público al fondo de la barra. Un anciano diminuto la miró y se relamió. Ella volvió la cabeza, llena de asco, y marcó de memoria el teléfono de su amiga.

-¿Dígame?

-¿Ann?

-Sí, soy yo...

-¿Eres Ann, hija?

Al otro lado de la línea se oyó una risita sofocada.

-Hola, Lucy. ¿Eres Lucy, verdad? Soy Ann madre...

-Oh, lo siento, señora Beetham. Tienes ustedes la misma voz, créame.

-Descuida, siempre nos confunden. Oye, ¿mi hija no está contigo?

-Pues no, por eso llamaba. ¿Es que no está en casa? ¿Hace mucho que salió?

-Hace una hora y media que salió de casa, porque tenía que hacer unos recados antes de quedar contigo...

-Vaya, entonces es que no ha terminado...

-No era gran cosa, tan sólo debía ir a casa de su abuela a devolverle unos platos. Creo que la llamaré allí.

-Claro. Seguro que está con ella y se le fue el santo al cielo, señora Beetham. ¿Querrá decirle que se dé un poco de prisa? Casi que no llegamos a la entrevista...

-Esta chica. Se lo diré. Gracias por llamar, Lucy. La avisaré de que la esperas.

-Gracias. Hasta ahora.

-Hasta luego, Lucy...

Lucy colgó y descubrió con desagrado que el menudo viejo verde seguía mirando sus piernas bien embutidas en la decorosa tela vaquera. Se cambió de sitio en la barra, desplazándose hacia el lado del televisor, y pidió un café. Tenían puesto un canal de televisión de noticias 24 horas, y de manera excepcional Lucy prestó un poco de atención. Lo que vio la llenó de un discreto espanto, como un gorgoteo en lo profundo de su corazón.

"Una vez más se repite en la mediana ciudad de Heartsville lo que parece haberse convertido en una terrible rutina -dijo el presentador, mirando gravemente a la cámara desde detrás de sus enormes gafas-, un nuevo asesinato ha sacudido su endeble equilibrio. El cadáver de un hombre de unos cuarenta años fue encontrado en el lecho del río Dark Snake, cerca de un viejo molino. Por el momento no se conoce la identidad de la víctima..."

Mientras tanto, la señora Beetham colgaba el teléfono en su casa al otro lado de la ciudad. Su madre, la abuela de Ann, no respondía. Subió al dormitorio de Bryn, el hijo mayor.

-Bryan, quiero que vayas a casa de tu abuela a buscar a tu hermana -le dijo en tono severo sin traspasar el umbral de la puerta.

El chico estaba sentado delante del ordenador consultando el correo electrónico.

-¿Has llamado por teléfono?

-Sí, y no responde. Así que vamos, ponte los zapatos... ya sabes que no me gusta que camines descalzo, hijo. Puedes coger mi coche.

-Si no responde es que no está en casa, mamá. Dale tiempo. Ya es mayorcita.

-Da igual si es mayor o menor, Bryan, las llaves están en la barra de la cocina. Ve ahora mismo o hablaremos de a qué dedicas tu vida ahora que has dejado los estudios.

Bryan gruñó al ordenador y dijo, sin mirar a su madre:

-Está bien. Leo el último correo y voy.

-De acuerdo.

La señora Beetham volvió a la cocina a recoger los restos del desayuno mientras Bryan daba fe del último mensaje. Había llegado hacía cosa de diez minutos, procedente de su amigo David. "Tíos, ¿os habéis enterado ya? Otro muerto, colegas... Han encontrado su cuerpo al lado del molino..." Bryan se calzó y salió del dormitorio después de leer el funesto mensaje. Puesto que todo en su vida marchaba razonablemente bien, no tomó en consideración la posibilidad de que su

hermana, como aquel pobre desgraciado localizado en la rivera del Dark Snake, estuviese muerta.

Tardó diez minutos en llegar a casa de su abuela con el coche y uno en descubrir que ni ella ni su hermana estaban dentro. Regresó al auto, corriendo bajo la lluvia, y retrocedió por el camino de entrada hasta la calle, y a continuación condujo hacia Angel Street. De camino vio a uno de sus amigos cargado con una mochila que colgaba bajo su chaqueta deportiva azul y roja como una joroba. Pulsó la bocina, pero el otro no pareció oírle y se subió en un autobús de cercanías. Bryan aparcó delante de la cafetería del viejo John, donde su abuela solía tomar un café por las mañanas en compañía de sus tres mejores amigas. Tuvo suerte de encontrar un espacio libre donde aparcar, tratándose de una calle fundamentalmente comercial. Se apeó y corrió hacia el local.

-¿No es ése tu nieto, Margaret? Bryan... Mírale, viene para acá –dijo Adela, volviendo a recogerse el pulcro peinado detrás de la oreja. El corro de venerables ancianas se giró como piezas de una misma máquina para echar un vistazo, aunque no hizo falta. Bryan entró en el establecimiento y oteó sobre las cabezas de los clientes.

-¡Eh, Bryan! -exclamó Margaret poniéndose de pie, a unos dos metros de distancia de su nieto. Él la vio, esbozó su mejor sonrisa y se acercó, dándole un par de besos. Saludó a las amigas, a quienes recordaba desde su niñez, y éstas hicieron constar que cada día era un joven más apuesto. Bryan lo agradeció-. ¿A quién buscas, Bry? Si no es mucho preguntar...

-Qué va. Te buscaba a ti y a Ann; pensé que estaríais juntas -dijo Bryan.

-No la he visto, ¿por qué debería estar conmigo? -repuso Margaret-. ¿Quieres desayunar?

-Ya desayuné, gracias, abuela... Bueno, fue a tu casa esta mañana a devolverte los platos de la tarta que hiciste, ¿no?

-No, no ha estado en casa. Qué extraño. No me avisó de que vendría. Igual se encontró la casa cerrada a cal y canto y se fue; el abuelo se fue temprano con Richard Masterton a buscar setas. Con esta lluvia. Esos dos viejos chochos. ¿Qué creen que van a encontrar?

-El duende del resfriado -terció Berta.

Margaret le quitó importancia dando un manotazo al aire.

-Pues no sé dónde buscar. Quedó con Lucy, una amiga suya...

-Sí, conozco a esa Lucy -dijo Margaret con voz árida. Conocía a Lucy Thibault mejor de lo que la jovencita sabía, y bastante más de lo que a ésta le gustaría.

-Sí, para ir a unas entrevistas de trabajo o no sé qué historias.

-Seguro que se le ha hecho tarde con algún chico -dijo Adela haciendo gala de toda su coquetería, que no era poca, y volvió a recogerse el pelo-. Yo a esa edad era igual. Se me iba el santo al cielo.

-Por todos los cielos -dijo Paula poniendo los ojos en blanco.

-Chicas, tranquilas -dijo Margaret-. Oye, Bryan, seguro que es eso. Se le hizo tarde con alguna amiga. Estate tranquilo. ¿Qué tal está tu madre?

-Muy bien -dijo él-. Aunque quizás se ha puesto nerviosa con eso del cadáver del río Dark. ¿Lo habéis oído?

-Desde luego -suspiró Margaret.

-Bueno, a mi madre se le meten pájaros en la cabeza muy fácilmente, ya la conoces.

-Entiéndela, cariño. Oye, ¿seguro que no quieres un pedazo de pastel? Está muy rico.

-No como tu tarta de frutas del bosque, y en casa queda para una semana. Me comeré un plato cuando vuelva, a tu salud.

-Muy bien, chico. Ten cuidado con el coche, la lluvia es muy traicionera.

-Lo tendré -la besó en la mejilla-. Hasta luego a todas... -sonrió. Ellas se despidieron a su vez y también mostraron sus sonrisas. Se encontraban más relajadas después de que el tal Nicholas Morse se fuera como un rayo a llevar a su hijo enfermo al hospital.

Bryan salió de la cafetería y regresó al coche, se puso en marcha y fue a casa para dar la noticia a su madre. Mientras tanto, en el local de John, Margaret decía:

-No sé si hacerlo.

-Si así te quedas más tranquila, hazlo -dijo Paula-. Seguro que Ann está perfectamente, pero no pierdes nada por probar.

-Es sangre de mi sangre, ya sabéis, y lo que le ocurre me llega como un terremoto. Si echo un vistazo, quizás invada su intimidad.

-O quizás la protejas en a algún apuro, querida -repuso Paula-. ¿Prefieres que lo haga yo?

-No te preocupes -replicó Margaret, cerrando los ojos-. Seré rápida.

Rastrear psíquicamente la ciudad en busca de una persona en ocasiones resultaba complicado y requería hasta dos minutos, especialmente si había tormenta eléctrica y el aire estaba muy cargado de estática. Puesto que se trataba de su nieta, era posible que este tiempo de conexión espiritual se redujese sensiblemente. Sin embargo, Margaret pasó más de dos minutos concentrada en la tarea, con los ojos cerrados y los párpados aleteando. Las amigas, que guardaban silencio, podían notar la energía dimanante de Margaret, y su preocupación creciente. Se miraron una vez y a continuación también ellas cerraron los ojos. Las lámparas de la cafetería vacilaron. Nadie pareció darse cuenta, ni de la pulsión eléctrica, ni de que cuatro viejas locas se mantenían en silencio y a ciegas igual que topos. Dieron una batida completa sobre la ciudad, en busca de la energía y la identidad particular de Ann Beetham. Los flujos de Margaret barrían las casas a una velocidad increíble, aunque no infinita; la práctica de reconocer a alguien entre tanta energía humana era difícil y cansada. Sin embargo, con la técnica de un

escáner convencional, los ojos de Margaret avanzaban y retrocedían sobre Heartsville igual que enormes abanicos invisibles. A medida que las cuatro mujeres se integraban en el sistema sanguíneo del lugar, la carga eléctrica del aire se incrementaba, y una ráfaga de truenos retumbó entre las montañas, lanzando fogonazos por todas partes. Un minuto después, las cuatro amigas se reencontraron en el bar. Abrieron los ojos. Se sentían aturcidas. Una batida múltiple era especialmente cansada, porque la carga ambiental se cuadruplicaba. Vieron de todo de la manera espectral con la que funcionaban sus visiones, en colores eléctricos pero apagados, con muy poco color, como fotografías viejas; descubrieron muertes inminentes, bestias que las veían volar con odio y flujos anímicos espectacularmente intensos, relacionados normalmente con nacimientos muertes dramáticas. En cualquier caso, ninguna de ellas encontró rastro de Ann.

-No la veo -dijo Margaret con voz queda.

-Ni yo -subrayó Paula.

-Yo tampoco -añadió Berta.

-Ninguna la hemos visto -explicó Adela-. ¿Dónde está?

Paula, Berta y Adela miraron a la vez a Margaret. Su semblante había palidecido, y su piel se volvió tan blanca como su pelo. Sus ojos reflejaban una gran preocupación.

-No puede estar... muerta.

-*Claro que no* -dijo Paula, inclinándose sobre la mesa y cogiendo a Margaret de la mano-. Claro que no, querida. Lo habríamos percibido, y especialmente tú... Es como si...

-Se hubiera desvanecido -terminó Margaret, llevándose una mano a la boca.

Bryan estaba sentado en la cocina de casa, con un plato de tarta de frutas del bosque y un cacao caliente al lado. Después de buscar a su hermana en casa de su abuela y en el bar, regresó a decirle a su madre que no había rastro de Ann. La señora Beetham estaba quieta en una esquina de la cocina, junto a una extensión del teléfono, y miraba a través de la ventana que había sobre el fregadero. Tenía bonitas vistas a las montañas y disfrutaba de las ráfagas de lluvia que caían en forma de sábanas uniformes. Las cimas de las montañas más altas se clavaban en las nubes bajas y hacía unos minutos hubo gran actividad eléctrica en aquella zona de la periferia. Los noticiarios no aportaron novedades sobre el nuevo crimen y el "cadáver del Dark Snake", y tampoco Internet devolvió una actualización cuando Bryan, animado por su madre, consultó las secciones de última hora de los periódicos y canales de televisión de la zona.

El teléfono sonó. La señora Beetham se acercó a él intentando no perder la cama y descolgó. Confió en que fuera Ann. En todo caso, no lo supo antes de descolgar; en su mente no quedaba rastro de su hija. ¿Era posible que hubiera abandonado el pueblo?

-¿Sí?

-Soy yo, tu madre -dijo Margaret-. ¿Ha vuelto Ann?

-Me temo que no -dijo la señora Beetham-. La estoy esperando y no aparece. Llamé a su amiga Lucy al móvil para preguntarle si estaba al fin con ella, pero respondió que no. ¿Dónde estás tú?

-En mi casa con las chicas...

-¿Y mi padre?

-Se fue a buscar setas con Richard Masterton... No hay modo de dar con él hasta que vuelva.

-¿Salió con esta lluvia?

-Temprano el día era más apacible, pero igualmente fue una decisión tonta. Ya conoces a tu padre. Hija... ¿has *buscado*?

-Sí.

La línea telefónica transportó la respiración grave de Margaret. No dijo nada.

-No he dado con ella.

-Ya. Las chicas y yo la buscamos... juntas... y no vimos ni rastro. ¿Crees que se haya podido fugar? Si está más allá de las montañas no podremos dar con ella.

-*Por favor*, claro que no, mamá -dijo la señora Beetham-. Está en algún lugar de este pueblo. ¡Maldita sea! La policía no querrá saber nada.

-Hija, llama a Michael. ¿No es el contable del sheriff? Quizás éste pueda hacerle un favor. Adelantar la partida y esas cosas, ya sabes.

-Sí, es una buena idea. Llamaré a Mike ahora mismo. Ahora te cuento.

-De acuerdo. Hija, cálmate. Todo irá bien.

La señora Beetham cortó la comunicación y buscó en la agenda el número de teléfono de la oficina de su esposo. La extensión la conocía de memoria y la añadió al final del primer marcado.

-¿Qué pasa? -dijo Bryan mientras su madre esperaba a que Michael descolgara al otro lado.

-Nada, Bry. Termínate la tarta, anda.

Su tono de voz, que intentaba emanar alguna paz de ánimo, le puso nervioso. Su madre era una mujer muy segura de sí misma, y tan solo se mostraba fuera de sí, para bien o para mal, cuando las cosas empezaban a ponerse realmente feas.

El agente Hicks conducía a velocidad media y su compañero, Lewis Alcántara, tomaba su café cargado en el asiento del copiloto. Alcántara miraba la calle de bonitas casas deslucida por la lluvia, sin confiar en descubrir nada interesante que no hubiera visto antes mil veces. Se encontraban en el extremo noreste de la ciudad, bordeando los bosques, y transitaban por la última y

espaciosa calle antes del campo, las colinas y el bosque.

-¿Qué dices del cadáver del Dark Snake? -preguntó Hicks-. ¿Encontraremos al culpable?

-No antes de que se lleve por delante a algunos más -respondió Alcántara-. Este sitio tiene algo que nos hace muy listos, ¿no crees? Especialmente a esos hijos de puta.

Hicks se atusó el bigote y masajeó las mejillas, que empezaban a picarle a causa de un herpes que solía mostrarse cuando el trabajo se volvía duro, como por ejemplo si había un asesinato de por medio y para empezar ni siquiera se conocía la identidad del cadáver. Por su aspecto no podía tratarse de un vagabundo: bien vestido, reloj caro, dientes perfectos, pelo cuidado. Su fotografía se había registrado para cotejarla con las que acompañaban a las denuncias de desaparecidos. Aquella operación podía demorarse bastante tiempo.

-Mi madre dice que algo malo hay bajo el suelo -añadió Hicks-. Es algo mayor y chochea, pero a veces pienso que lleva razón.

-¿A qué te refieres?

-No sé exactamente a qué me refiero, pero antes que nosotros en este territorio vivieron...

-*Para el coche* -dijo Alcántara con sequedad.

Hicks apretó el freno con suavidad. Puesto que el asfalto estaba empapado, un frenazo podía lanzarlos a la cuneta.

-Creo que he visto algo -dijo Alcántara, bajándose del coche. En aquel tramo de calle sólo había un par de casas con amplios jardines en un lado, y ningún edificio en el otro, donde una pequeña pendiente fundía el asfalto con el bosque. Justo allí estaba el bolsito de color habano. Estaba empapado y sucio de barro, casi hundido entre los hierbajos. Sobre la correa del artículo había manchas de sangre diluida, pero Alcántara las reconoció antes de recogerlo. Extrajo tres pañuelos de papel del bolsillo de la cazadora y se hizo con la pieza. Volvió al coche corriendo y la depositó en una bolsa transparente que sacó de la guantera.

-Un bolso -dijo Hicks como para asegurarse.

-Tiene manchas de sangre. Aquí. Mira. -Hicks también las vio, pero en efecto no eran claras en absoluto.

-Esos bolsos de un lado se han puesto de moda entre la juventud -dijo Hicks emprendiendo el camino hacia la comisaría-. No creo que perteneciera a la víctima.

-Seguro que se le cayó a algún chico o chica, nada más. Pero tendríamos que asegurarnos.

-Vamos allá.

El sheriff Woolfson se quitó la chaqueta y la colocó sobre el perchero de madera regalo de su esposa. Era una pieza bonita y útil. Uno colgaba la ropa y se

desentendía, a diferencia de esos artilugios modernos que hacían de todo salvo sostener las prendas. A continuación volvió a la mesa, donde esperaban en silencio los agentes Hicks y Alcántara, y preguntó:

-¿Lo habéis abierto?

-No -dijo Hicks-. Alcántara lo recogió del arcén y lo hemos traído tal cual.

El bolso en cuestión estaba depositado en el interior de una bandeja de metal, de las usadas para ordenar papeles; en la comisaría había muchas, fe de que era un lugar donde había mucha burocracia que tratar. Woolfson se sentía asqueado de aquella loca corriente local, dominada por la demencia y los crímenes.

-De acuerdo, chicos. Vamos a echar un vistazo -dijo el sheriff. Sacó unos guantes de látex de un cajón de la robusta mesa y se los puso. Se colocó al lado de la bandeja y abrió el bolso; aunque el barro había obstruido la cremallera, una delicada maniobra bastó para deslizar el tirador. Empujó a los lados las paredes y sacó objetos del interior; puesto que tenía forro impermeable, todo estaba seco. Pañuelos de papel, una compresa, un par de condones, un teléfono móvil apagado y diversas tarjetas de discotecas firmadas. Las entregaban los relaciones públicas para captar nuevos clientes. También había una fotografía de tamaño carné; era el retrato de un joven de unos veinticinco o veintiséis años, bien parecido y sonriente, aunque tenía marcadas ojeras; seguramente se hizo la foto tras una noche de fiesta. Woolfson entendió que se trataba del novio de la propietaria del bolso. Encendió el móvil y comprobó que requería código de acceso. Lo apagó y lo devolvió al bolso-. No parece relacionado con el caso, pero no confiemos en ello. Lo enviaré al laboratorio para que analicen la sangre; quiero saber si es humana y si tal vez pertenece a la víctima, que lo dudo. -Sonó el teléfono-. Un momento. ¿Michael al teléfono? ¿Ha dicho qué quiere? Dios, espero que no sean malas noticias de Hacienda, maldita sea. Está bien, Lane, pásamelo. Hola, Michael...

A medida que avanzó la conversación con el tal Michael –el contable de Woolfson-, los agentes Hicks y Alcántara pudieron ver como a cámara lenta la transformación del semblante del sheriff. Sus rasgos mostraron primero una discreta turbación, y a continuación una preocupación sincera que endureció sus facciones.

-¿Cuándo dices que desapareció?... Han pasado algunas horas desde eso. Oye, Michael... Voy a hacerte un pregunta, y no quiero que te preocupes. Responde lo que respondas, no tienes que preocuparte, ¿entiendes? Seguramente no pasa nada... Está bien, ya voy... ¿Tu hija, tiene un bolsito de color marrón oscuro? Ya. Su móvil, ¿es azul con listas blancas y la parte trasera transparente?... Se lo regalaste tú por su cumpleaños, entiendo. Verás, Michael, tenemos aquí su bolso. Parece que lo ha perdido de alguna forma -explicó el sheriff en tono casual. Si Michael lo hubiera visto en aquel momento, habría comprendido hasta qué punto la tranquilidad de Woolfson no era más que una farsa.

*

Jason Vogt tenía cincuenta años; en consecuencia, poseía cierta ventaja

sobre Fred Darkfield, que a punto estaba de estrenar los cuarenta. Vogt disfrutaba especialmente hiriendo a sus víctimas con arma blanca; sentía un placer innominable cuando cortaba una oreja, sajava una nariz, amputaba un dedo o le abría la tapa de los sesos a hombres y mujeres por igual. También gozaba de la ropa de cuero negro y de las cadenas; puesto que se trataba de un hombre impecablemente activo, no soportaba notar el hierro sobre su piel, pero le hacía subir a las nubes retorcer una cadena vieja cubierta de grasa alrededor del cuello de cualquiera de sus víctimas. Las aficiones de Darkfield, por otra parte, eran considerablemente más sencillas que las de su viejo amigo y compañero de andanzas Vogt. Las heridas, amputaciones y otras muestras de sadismo sangriento eran un motivo placentero para él, pero en el fondo siempre deseaba una misma cosa: follar. Matizadamente, claro está, porque sufría un severo problema de impotencia que resolvía con la crueldad. Podría decirse que era cruel por un estricto motivo de necesidad sexual, a diferencia de Vogt, que buscaba la vejación y el dolor de más por el simple hecho de verlo. La introducción del sexo era tan sólo un fleco cosido a última hora.

Después de violar, humillar y asesinar a Ann Beetham, Vogt y Darkfield la destriparon; las entrañas fueron conservadas como ingredientes para un festín gastronómico, y el resto del cuerpo descuartizado y enterrado en el mismo garaje, dentro de un zulo improvisado abierto en el cemento, debajo del colchón. A continuación subieron al salón y se sirvieron unas cervezas. Era un día desapacible; la lluvia parecía arisca y de vez en cuando un trueno estallaba en las montañas. No obstante, en el salón, desordenado y sucio como una porqueriza, impregnado del agrio olor de dos hombres, hacía un calor infernal. Vogt y Darkfield sudaban como cerdos, según decían ellos mismo con un rebuzno de placer. Vestidos de forma ridícula, casi desnudos, y riendo igual que hienas, parecían un par de idiotas poco más que inofensivos. Sin embargo, durante los últimos diez años habían matado a noventa personas en Estados Unidos y casi cincuenta más en diversos países al sur de la frontera.

Los dos amigos estaban sentados en el sofá, cada uno en un extremo, cuando la ráfaga de truenos hizo vibrar los cimientos. El televisor mostraba un reportaje sobre cierto asesino en serie; varios renombrados psiquiatras manifestaban sus opiniones al respecto, y Darkfield y Vogt escuchaban los análisis con gran interés. Aunque los razonamientos profesionales no eran aplicables a los principios psicológicos de ambos hombres, resultaba conmovedor oír qué exactamente era lo que conducía a un humano casi normal a convertirse en asesino múltiple.

La vibración provocada por los truenos debió de mover la antena, porque se perdió la emisión y el monitor se limitó a mostrar la lluvia de las frecuencias muertas.

-¿Lo has notado? -dijo Vogt. Tenía una voz profunda y atractiva que no encajaba con su sucia dureza de su aspecto.

Darkfield se puso en pie y corrió a una ventana. Los rayos formaban un bosque de ramas secas entre las nubes. Por un momento, entre los resplandores y la lluvia, divisó una luz densa, casi magmática, moverse a la velocidad del diablo.

-¿Qué hay? -insistió Vogt.

-He visto algo entre las nubes -dijo. Parecía impresionado, pero no mostraba preocupación-. Diría que era una mujer.

-¿Una mujer entre las nubes?

-Eso he dicho -ratificó-. Se movía rápido; estaba buscando. ¿Qué podía estar buscando? -Era un pregunta retórica.

Vogt esbozó una sonrisa de hielo que hizo resplandecer sus dientes sobre las máscara enrojecida de su rostro.

-Vaya, vaya... Conque vamos a tener más diversión de la prevista, ¿eh, Fred?

*

Las ramas de los árboles se mostraban enloquecidas en medio del bosque, y daban bandazos de un lado a otro golpeando la cabaña comunitaria de los cazadores, un refugio para los aficionados a transitar por la arboleda, entre las montañas, en las frecuentes ocasiones en que el clima les jugaba una mala pasada. Arthur Roadshow y Richard Masterton, dos apacibles miembros del club de la tercera edad ocupaban la cabaña cuando se desató la cadena de truenos, coincidiendo con la batida múltiple de las mujeres desde la cafetería de John.

Arthur y Richard estaban sentados sobre tocones junto a la chimenea. Habían encendido fuego con los últimos maderos secos que quedaban en el ruinoso armario donde se guardaban. La cabaña se caía a pedazos desde que una riña en el Club de Hombres del Bosque de Heartsville, motivada por un absurdo "retira lo dicho", dio al traste con muchos de sus funciones más útiles: entre ellas, la de mantener decente la cabaña.

Arthur se puso en pie de un salto. Su cabello blanco y suave, demasiado largo, se enmarañaba sobre la curtida piel de su frente. Tenía cara de leñador, una expresión de piedra, y su vigor todavía impresionaba.

-¿Has notado eso?

-Lo he notado -dijo Richard arrojando una astilla al fuego-. Pero fue muy débil. Estamos en un mal sitio.

-Fuera de las montañas no tenemos ninguna fuerza, ¿eh, viejo amigo? Volvamos a la ciudad. No puede ser nada bueno si Margaret está dando vueltas por el cielo. ¿Te sientes con ánimo para caminar bajo la tormenta?

Una sonrisa de hierro se forjó bajo el manto de arrugas de Richard.

-El día que una lluvia me detenga es que tú no podrás mover un dedo.

Arthur dobló el gesto y emprendieron la marcha. Tras la puerta el suelo era un barrizal y las corrientes de agua procedentes de la cima de la montaña descendían a velocidad de vértigo por las rutas trazadas por los cazadores y delimitadas con piedras, troncos caídos y arbustos apisonados. La oscuridad reverberaba como un búho en el bosque, y ocasionalmente un rayo lo pintaba todo con el marcado contraste de una osamenta. Los dos hombres, el más joven de los cuales contaba sesenta y siete años, avanzaron camino abajo con la seguridad de

dos expertos camperos, doblando las espaldas para reducir el empuje del viento, no sometidos por los achaques de la edad. Sus pasos eran firmes y arrancaban pedazos de barro con suma facilidad. Conocían el bosque desde la niñez, y también desde entonces éste los conocía a ellos, de modo que parecía existir una fría pero honesta complicidad. No aparecieron obstáculos adicionales. Tan sólo la tormenta y el viento malsano de las montañas de Heartsville entorpecieron el regreso de Arthur Roadshow y Richard Masterton.

Los dos hombres se dirigieron directamente a casa de la hija de Arthur cuando llegaron a la ciudad. Una severa vibración mental condujo a Arthur y le advirtió que su esposa se encontraba en el hogar Beetham. La facultad de Richard era considerablemente limitada en comparación a la de su amigo, pero no encontró difícil hacer varias averiguaciones. En casa de Michael Beetham había una energía apreciable, de forma que consideró que Margaret y sus amigas estaban allí. Si bien no era posible rastrear la identidad de sujetos dotados de facultades extrasensoriales -eran como agujeros negros: los barridos de energía funcionaban como radares, pero las ondas no retornaban al reconocer datos en personas dotadas de semejante fuerza-, ciertos excesos eléctricos, por así decirlo, podían descubrir la existencia de un hombre o una mujer dotados, como es posible reconocer un agujero negro por la órbita irregular de los cuerpos celestes de su entorno. Richard, al igual que Arthur, hizo cuentas y halló el número fantasma. Michael, Susan y Bryan sí ocupaban un lugar en el edificio, pero... Ann no. Además estaban el sheriff Woolfson y tres agentes de policía desconocidos. Aquel pastel olía a podrido.

El sheriff les puso al tanto de las noticias cuando los dos hombres entraron en la casa con el empeño de un par de búfalos.

-No existe ninguna garantía de que su nieta haya desaparecido, señor Roadshow -dijo Woolfson-. Puede estar en cualquier sitio de esta ciudad con sus amigas; incluso puede haber abandonado Heartsville voluntariamente por algún motivo. Eso no podemos saberlo.

-Sin embargo, encontraron su bolso cerca de mi casa; es decir, tuvo intención de traerle los platos a su abuela. ¿Quiere que crea que llegó allí, se dio por satisfecha cuando no encontró a nadie en casa, y se fugó con la vajilla a cuestas?

-Es posible que se encuentre en la ciudad, señor Roadshow... Me temo que no hay modo de saberlo a ciencia cierta.

Masterton, que había permanecido en silencio todo el rato, habló ahora.

-¿Qué están haciendo para encontrar a la chica?

-He dado orden de controlar todas las salidas de la ciudad -respondió Woolfson.

-Pero si hacemos cuentas, es probable que si ha habido intención de raptarla y sacarla de Heartsville, han tenido tiempo de sobra.

-Cierto.

Arthur sabía perfectamente que su nieta se hallaba sumida en un grave

problema. Una parte de sí ya conocía la fatalidad; no de una forma mágica o psíquica, sino sencillamente por sentido común. No era probable que su rastro se fundiera de alguna forma en la ciudad si se encontraba con vida. ¿Quién retenía la energía? Y peor aún, en caso de que hubiera muerto, no sentir su alma era el motivo principal de preocupación: alguien se la había comido. Habían pasado cuarenta años desde que oyó una historia semejante en Heartsville, pero el vampirismo de almas, el robo del espíritu, era la experiencia más dramática a la que se podía enfrentar un ser humano, porque al fin y al cabo se jugaba toda su existencia eterna, no sólo un pedazo de carne. La pregunta era: ¿quién era el nuevo caníbal?

-Sheriff Woolfson, será tan amable de disculparnos -dijo Arthur-. Debo hablar un momento a solas con Richard.

-Naturalmente, señor Roadshow -dijo Woolfson.

Arthur condujo a su amigo a la cocina y ambos se alejaron lo más que pudieron de la puerta que daba al salón. Se colocaron junto al fregadero, bajo la ventana que daba a las hermosas montañas que ponían fin a la ciudad. Era el mismo lugar donde su hija había aguardado con preocupación noticias de Ann.

-Richard, habrás pensado como yo...

-... que hay suelto un ladrón de almas -terminó éste.

-Así es. Hace cuarenta años que no conozco un caso.

-Yo no lo recuerdo, pero mi abuelo Paul me habló de ello durante una de sus borracheras. Mi abuelo Paul me transfirió esta *capacidad*... a él lo destruyó. No soportó saber tanto y lo condujo al alcoholismo y, en fin, a su destrucción. Pero hizo cosas buenas por mí, como por ejemplo ponerme al tanto de todas las cosas que ocurren por debajo de la piel de los hombres, por debajo de la piel de las ciudades. Entre otros asuntos me habló de Hubert el Ladrón.

-Hubert el Ladrón de almas, ¿quién lo habría dicho? Yo lo conocía. Solía pasar las mañanas con Patrick Sevier en su tienda de golosinas, hablando con los niños. Los mismos chicos a los que luego se comió.

-Pero Hubert murió, eso me dijo mi abuelo. Lo mataron, lo trocearon, lo encerraron en dos cajas y lo llenaron de piedras o algo así. Lo llevaron al molino... es *imposible* que haya vuelto. ¿Crees que...? -empezó Richard en tono sombrío. La cocina se enfrió con el temor de los hombres.

-¿Si creo que ha vuelto? No. Para serte sincero no lo creo. Pero robar almas es un trabajo sumamente difícil, viejo amigo. ¿Quién puede hacer algo así, si no es...? En fin, si no posee los suficientes conocimientos. Pensé que ya nunca más tendría que hablar de ello. Maldita sea, es posible que mi nieta no sólo esté muerta... sino que además no pueda descansar en el otro lado.

-Si eso es así, Arthur, nosotros vamos a arreglarlo.

Arthur Roadshow se volvió hacia la ventana y miró hacia las montañas bajo la lluvia. Un rayo dibujó fantasmas y planeó hasta un árbol en la cima. Sin dejar de mirar en aquella dirección, dijo:

-Lo sé, viejo Richard. Si alguien ha hecho daño a mi nieta, Dios será testigo de que yo mismo lo despedazaré.

*

El sheriff Woolfson se llevó la mano a la cabeza y se atusó el cabello. Sentía que un gnomo intercraneal tocaba el tambor allí dentro. El despacho estaba a oscuras, salvo por el escaso resplandor que penetraba a través de las ventanas cerradas. La jornada se había acabado y los agentes de policía del turno de noche habían asaltado el edificio con malas caras y ojos congestionados. El sheriff cogió la carpeta que contenía sus notas personales y extrajo varios folios manuscritos de su puño y letra. En la primera página decía: VÍCTIMAS. Debajo seguía una lista. En primer lugar figuraba Ann Beetham. Woolfson se preguntó qué tipo de criminal podía operar en una ciudad pequeña como Heartsville durante casi los últimos años sin dejar una sola pista en las múltiples escenas del crimen.

Ann Beetham, Becky Saw, John Yves, Anthony Graham, Victor King, Laura y Crysta Edelman -madre e hija-, Raymond Lohann, Anette Bates, Charlotte Edelstein. La lista ponía la piel de gallina. Diez víctimas en total, más el hombre encontrado muerto cerca del molino, en el río Dark Snake. Resultó ser Randall Schalnat, un adinerado abogado de Nueva York. Las circunstancias de su muerte no tenían mucho que ver con la siguiente secuencia de asesinatos, de forma que no fue añadido a la lista; sin embargo, no había ningún dato adicional sobre su homicidio. El caso seguía abierto y no existía ni un solo sospechoso. El FBI, que intervino en el caso, tampoco aportó novedades. Los detectives privados en manada que contrató el bufete donde trabajaba Schalnat no pusieron sobre la mesa algún nuevo sospechoso. La situación era de locos, eso era algo en lo que todos estaban de acuerdo.

La señora Beetham había envejecido mal, o había envejecido pronto, mejor dicho. No se comete ningún exceso si se dice que cuarenta y cinco años constituyen una edad perfecta, pero el dolor de los últimos dos años habían hecho mella en su constitución. Había encanecido y su rostro parecía cubierto por una máscara de tela vieja mal cuidada. Sin embargo, no era consciente de que la desaparición de su hija la había sumido en una decadencia monstruosa; se aisló en lugar de buscar consuelo en los demás, y no supo recobrar el calor en su alma, aún cuando su familia hizo los mejores esfuerzos por apoyarla, olvidando su propio dolor.

La señora Beetham, más animada que de costumbre -solía sentirse mejor cuando salía a la calle, lo cual ocurría en contadas ocasiones-, se encontraba en el pasillo de frascos de café del supermercado. Aunque tenía decido comprar la marca de toda la vida, solía detenerse a leer las virtudes de los productos de la competencia. Arthur Roadshow, que la había acompañado, hacía acopio de otros productos.

La señora Beetham conocía a aquel tipo elegante que consultaba frutería en el pasillo siguiente; tan sólo vestía unos vaqueros oscuros y un suéter gris, nada espectacular, pero lo lucía con mucho estilo. Solía encontrárselo siempre en el

supermercado; puesto que ella era una mujer de costumbres, consideró que su rutina coincidía con la de aquel enigmático hombre.

En una ocasión intentó echar un vistazo dentro de él, pero no consiguió extraer ninguna información. Debía de sentirse muy seguro de sí mismo, o también poseía la facultad de indagar sobre los demás. En ese momento se encontraba calibrando el peso de una bolsa de melocotones.

A Jason Vogt le encantaba la señora Beetham. Le gustaba más que ninguna otra de las madres de sus víctimas, incluida Laura Edelman, a quien se había comido embarazada; el feto bien formado fue un gran regalo. La señora Beetham, en todo caso, era especial. La había descubierto hurgando dentro de él en alguna ocasión, y entonces le permitió extraer cierta información insustancial sobre su infancia.

Ojalá pudiera comerte, pensó Vogt. Ojalá me follara tu maduro coñito antes de rajarte y matarte, mamáita; así podrías estar con tu hija, mitad digerida, mitad enterrada bajo el cemento.

La tentación de echar un vistazo, tan sólo un pequeño vistazo al interior de la mujer resultaba dolorosa. Lo había comprobado en ocasiones anteriores: lo único comparable al gozo de matar en este mundo inhumano era paladear el dolor de una madre por la muerte de una de sus crías. Los intensos matices de tal aflicción se introducen en el cuerpo con el vigor de una serpiente, y empieza a vibrar y coletear en las entrañas con una libertad de movimientos extraordinariamente excitante. Robar el miedo y la tristeza de los demás no sólo le proporcionaba fuerzas, sino que además era una experiencia deliciosamente sexual.

Quiero echar un ojo, uno y nada más, pensó Vogt con una sonrisa torcida de dolor. Sabía que no debía hacerlo, porque ella se daría cuenta...

Claro que yo soy mucho más poderoso que ella, se dijo el hombre. Podría hurgar un par de segundos, entrar igual que una sombra, sin dejar rastros, y a continuación salir de su cuerpo y no regresar jamás. No tiene por qué atar cabos...

NO...

Sí, tan sólo una vez, un segundo, así...

Los párpados de Vogt cubrieron sus ojos, cuyos iris empezaban a vibrar y dar vueltas enloquecidos. De repente obtuvo una perspectiva espectacular del supermercado: la energía humana que dimanaba de hombres y mujeres saturaba el aire... pero él sólo se fijó en la señora Beetham. Guau, cómo brillaba; los otros parecían oscuros comparados con ella...

La señora Beetham devolvió al estante un frasco de café colombiano que tenía una cita en español -siempre le había sonado un idioma exótico, dotado de un atávico y romántico lirismo-, metió en su carro de la compra un bote de su marca favorita, y notó algo extraño. Por un momento pensó que se trataba de un ataque de angustia, bastante frecuentes durante los primeros tiempos tras la desaparición de Ann y más aislados últimamente... Sin embargo, averiguó enseguida que no era nada emocional ni subjetivo. Una fuerza ajena, sumamente poderosa, penetraba en su cuerpo y rastreaba su alma en busca de algo. Dolor. El dolor centelleó en sus

entrañas cuando aquella fuerza lo sacó de los armarios de la memoria. Un vampiro la escudriñaba en aquel preciso instante.

Pero ¿quién?

¿El asesino?

La madre de la difunta Ann cerró los ojos e hizo un esfuerzo por reconocer aquella identidad furtiva que la sondeaba, pero no obtuvo resultados. Además, se había ido y en su interior tan sólo quedaba un lejano y pegajoso flujo residual. Ella sola no era suficientemente fuerte, maldita fuera. Pensó en su padre.

Arthur Roadshow recibió la llamada de su hija mientras echaba en la cesta de plástico varios paquetes de leche. El aviso era urgente y dejaba abiertas las puertas de su alma. ¿Qué demonios ocurría? Arthur buscó dentro de su hija; observó cosas desagradables y las obvió. Olía mal: residuos de un vampiro. Los percibió y buscó al intruso, pero no encontró información adicional. Hizo dos llamadas simultáneamente: a su esposa y a su mejor amigo, Richard. Richard se unió enseguida y recibió información por medio de Arthur, quien operaba a modo de catalizador. Margaret Roadshow envió tres llamadas a sus mejores amigas, que respondieron a continuación.

La señora Beetham, Arthur, Margaret, Richard, Paula, Berta y Adela se reunieron en el interior del supermercado. La espectacular fuerza generada cargó de electricidad estática el recinto y algunos objetos metálicos emitieron chispas. Las luces vacilaron. La fuerza de siete personas unidas no permitiría escapar al vampiro más fuerte si se encontraba en un espacio razonablemente pequeño y asequible como un supermercado.

Vogt comprendió muy pronto que acababa de cometer un error gravísimo. Al principio tuvo cierto conocimiento de las interconexiones, pero a partir de cuatro personas bloqueadas la energía era excesiva para extraer ninguna información útil. Compuso un escudo, reservando toda su energía para aparentar la normalidad de un hombre corriente y expuso información falsa sobre su vida, confiando en que fuera suficiente para engañar a los merodeadores. Por un momento se sintió tentado de recurrir a Darkfield, puesto que la capacidad de ambos era suficiente para neutralizar el sondeo. No obstante, resultaba una operación muy arriesgada. Durante la llamada podía ser captado y descubierto. Después de hacer las correcciones oportunas dentro de sí mismo, acudió a caja para pagar su bolsa de fruta. Se sentía inquieto. Ocultando todas sus energías había suprimido también su capacidad de percibir movimientos espectrales a su alrededor, de forma que no tenía forma de saber a ciencia cierta si la señora Beetham y sus amigos seguían rondando por el supermercado, si sabían salido de allí o si, simplemente, se habían disgregado. No quería arriesgarse a hacer ninguna prueba, de modo que esperó su turno, pagó y se fue.

Diez minutos después, la señora Beetham y todos los demás se reunieron en la cafetería de John, que ahora regentaba John hijo, desde que el padre muriera de un cáncer fulminante hacía algo más de un año. Tuvieron que unir dos mesas para dar cabida a todos. Se veían excitados de una forma dramática, enfrentados como estaban a un trágico dilema. Conocían a los asesinos de Ann, familiar de algunos y

conocida de todos. Sin embargo, no estaban en posición de denunciar nada, sino tan sólo de dar un aviso al sheriff, todo lo más. Pero incluso eso se valoraba deficiente. Los homicidas parecían ser dos; siguieron a uno de ellos hasta su casa, y allí descubrieron al segundo. Era evidente que ambos estaban dotados de un poder superior al de ellos.

-No podemos avisar al sheriff -dijo Arthur. Su voz profunda retumbó sobre las mesas. Su hija estaba sentada a un lado, y Margaret al otro-. Si lo hacemos, tenemos todas las garantías de que los dos monstruos huirán antes de que Woolfson les lea los derechos. No quiero engañaros. No queda más remedio que encargarnos nosotros. Ahora bien, si alguno de vosotros prefiere no inmiscuirse en este asunto, lo entenderé. Va a ser muy feo, ya sabéis a lo que me refiero...

Ninguno de los presentes añadió nada. Richard Masterton asintió. Los demás miraban fijamente a Arthur, dando por sentado que no había necesidad de andarse con diplomacias. Estaban juntos en aquello y harían lo que hiciera falta.

-Gracias a todos. La idea es ésta...

Arthur y Richard regresaron al bosque aquella misma noche, provistos de un par de linternas y mucha ropa de abrigo. La temperatura era de dos grados y en descenso, de forma que posiblemente el próximo día sería nevado. Se adentraron en la espesura en dirección al viejo molino de la curva de Carvett, un meandro del río Dark Snake donde según la leyenda el novelista Wilson Carvett encontró inspiración para sus poemas religiosos, treinta y dos piezas escritas poco antes de morir a la edad de cincuenta y siete años. En realidad se decía que había visto allí mismo, bebiendo agua del río, a un demonio, y que dicha visión lo condujo a una fe ciega tras su larga y disoluta vida de vodka y casas de putas.

El molino de la curva de Carvett era idéntico al otro, donde habían encontrado el cadáver del abogado Randall Schalnat dos años atrás, la mañana en que desapareció Ann. La única diferencia era la rueda hundida en el agua, cuyo diámetro era casi un metro más pequeño. El cuerpo principal era el mismo, así como el pequeño cobertizo adosado en la pared norte. Era una caja de piedra y cemento pintada de blanco, con el techo de listas de madera y la pequeña puerta de metal, cerrada con dos candados, ambos rotos. Aquella zona no era muy visitada debido en parte a la existencia de lobos, y en parte a los viejos mitos que circulaban por la ciudad. En una ciudad provinciana como Heartsville las historias de viejas recibían cierto reconocimiento, y aunque los candados estaban destrozados, era evidente que el edificio no había sufrido más daño que la ruina del paso de los años.

La oscuridad era plena. El cielo encapotado y la luna oculta garantizaban una intimidad perfecta para los dos hombres, que marcaban su camino, en mitad del vendaval, con los vacilantes focos de sus linternas. Cuando llegaron al molino se quedaron quietos delante de la puerta. Los árboles gritaban y la corriente del río lanzaba rugidos a causa de la violencia del viento. Arthur y Richard estaban inquietos y expectantes, aunque convencidos de que hacían lo correcto. Tan sólo se miraron una vez en la oscuridad y apenas se vieron; las luces señalaban la esquina del cobertizo y sus rostros eran fantasmas flotantes en la sombra. Podían mantener

conversaciones estrictamente mentales, pero no lo hicieron. Era un momento íntimo y comprometido para cada uno de ellos, incluso considerando que marchaban juntos hacia un posible destino compartido. A fin de cuentas, si todo salía mal, estarían definitivamente solos. Lo único común sería el momento de la muerte. En todo caso, contaban con que tendrían buena suerte.

Como mucha gente sabía y nadie decía –era un tema de conversación absurdo y caído en desuso con la llegada de los tiempos modernos-, Hubert el Ladrón de Almas estaba encerrado en el molino. Su cabeza, en el cobertizo, enterrada bajo el suelo, sobre el que habían añadido además un montón de piedras. Su cuerpo, en el ala principal del edificio. A estas alturas debía de estar convertido en polvo.

Arthur y Richard enfilaron hacia el cobertizo, quitaron las cadenas y las arrojaron a las zarzas. A continuación, abrieron las puertas; las bisagras estaban oxidadas y se resistieron, pero lograron retirar las planchas de metal y se inclinaron para acceder al interior. Introdujeron las linternas en sendos agujeros de la pared y retiraron las piedras del suelo. Luego tan sólo restó quitar un poco de tierra, debajo de la cual encontraron una caja de madera podrida. La tapadera había cedido y el hueco estaba lleno de arenisca y pedruscos, pero no había rastro del cráneo de Hubert el Ladrón, ni siquiera una astilla. Los hombres se alarmaron y recuperaron las linternas para salir de allí. Dieron la vuelta y se dirigieron a la puerta del ala principal del molino. Opuso más resistencia que la del cobertizo, pero los esfuerzos de Arthur y Richard dieron sus frutos y al final lograron entrar.

No puede decirse que les sorprendiera encontrar lo que allí había. El espacio interior del molino, una vez arruinados los muros, que formaban montañas de escombros en el suelo, rodeados de muebles viejos, era considerable, bastante más amplio de lo que parecía desde fuera. Olía a cerrado y un par de ratas olfateaban el aire levantando sus repugnantes cabezas, coronadas por ojillos rojos que relucían en la oscuridad como rubíes mágicos. Los animalillos retozaban sobre un montículo de excrementos, al lado de un hombre sentado y apoyado sobre la pared. La sonrisa de aquel tipo feroz estaba descarnada y sus pupilas despedían destellos amarillos. Era evidente que estaba muerto y vivo simultáneamente, aunque no por la Gloria del Señor.

Arthur dio un paso al frente. El corazón le galopaba.

-Buenas noches, Hubert –dijo, asqueado.

Hubert el Ladrón de Almas siseó. Su delgada lengua, seca y cubierta de una sustancia blancuzca, lamió los labios huesudos.

Richard dio un paso al frente. Rastreó el molino en busca de espectros o demonios, y apenas se dio por satisfecho al descubrieron que allí sólo estaban ellos tres... y las ratas.

-Sooooooy... Hubert –dijo el monstruo desde su esquina; su voz sonaba como piedras arrojadas por un desfiladero, al chocar entre ellas... el *Haaambriento*...

-Lo sabemos –dijo Richard, adelantándose-, y venimos a ayudarte.

El cráneo de la criatura infernal crujió y las ratas le miraron y chillaron. Formaban un triunvirato magnífico de fealdad y ruina.

-¿Cómo... *podrías*? –Los ojos del diablo denotaban hambre, en efecto. Estaba claro que quería comerse a ambos hombres, deglutir sus almas y conservarlos en su vasto estómago, sometidos a la perversidad, hasta el fin de los días.

-Dándote de comer almas muy poderosas –explicó Arthur, dispuesto a luchar en cualquier momento.

-¿*Uhhmmm*? –dijo el Ladrón de Almas.

-Ven con nosotros y verás hasta qué punto hablamos en serio –añadió Richard, acumulando una devastadora cantidad de energía mediante la repetición de un pequeño salmo. Se preguntaba cuantos años serían necesarios para purgar su alma del pecado de usar los instrumentos del Demonio.

Hubert el Ladrón nunca fue un hombre listo, y la astucia del infierno no era superior a la inteligencia de dos hombres. El monstruo saltó hacia Arthur y Richard como propulsado por la mismísima pared. Las ratas chillaron y huyeron hacia los escombros, aunque observaron desde debajo de las vigas apolilladas.

Los dos mortales lanzaron simultáneamente su fuerza hacia el monstruo, quien emitió un grito de dolor mientras retrocedía en el aire viciado del molino, chocaba contra el muro y hacía crujir hasta el último de sus huesos.

-Mal hecho –gruñó Arthur, realmente furioso por la inconveniencia de Hubert-. Pero que muy mal hecho...

*

La Noche es la perfecta aliada de cualquiera que esté dispuesto a Matar, como es sabido. La Noche tiene una sed visceral que nunca puede saciarse, a menos que una batalla particularmente cruel derrame sangre suficiente para cubrir la superficie de una nación. Dos horas después de la visita de Arthur y Richard al Ladrón de Almas, la Noche emergió de la bestial Profundidad del bosque, y ataviada con su sed y su ánimo feroz, siguió a los mortales en su recorrido hacia la encarnizada lucha. Daba igual quien resultara vencedor: habría Sangre y Almas a raudales.

*

Fue difícil convencer por último a la señora Beetham de que no era una buena idea que los acompañara a la caza. La mujer insistió en su valor, pero replicaron que no se trataba de algo como eso, sino de la idoneidad. Ellos eran mayores y poderosos; juntos tenían grandes posibilidades de éxito. Pero si el enfrentamiento no producía sus frutos, convenía que alguien guardase las espaldas. Era esencial que uno de ellos conservase la vida para proseguir la liberación de Ann. Además, Michael y Bryan la necesitaban. Suficientemente duro era perder a

un miembro de la familia para añadir aún más dolor y desolación.

Luego de esto, los ancianos, vestidos rigurosamente de negro, avanzaron entre las sombras, en dos coches, hacia las afueras del pueblo, donde vivían los asesinos de Ann.

Hubert el Ladrón les acompañaba. Gruñía y se agitaba como un animal salvaje. Su boca soltaba una babilla que saturaba el interior del coche de un olor parecido al amoníaco. El brillo de sus ojos reverberaba. Tenía las muñecas atadas con cadenas de acero y la boca amordazada con un bozal de cuero. Richard iba sentado a su lado, en el asiento trasero del coche. Conducía Arthur, que observaba continuamente por el espejo retrovisor. Las cuatro mujeres iban en el otro coche.

Los cazadores apagaron los faros de los coches cuando torcieron en la entrada de la calle Oldside, donde habitaban los vampiros, y aparcaron en el cruce con una callejuela transversal. Se apearon y se reunieron entre ambos automóviles. Según lo convenido, habían construido una burbuja alrededor del grupo para evitar ser captados por los asesinos. Era una operación demoledora que requería un gran esfuerzo, dado que Hubert el Ladrón, ahíto de almas, despedía cantidades de energía sin medida. El horror que emanaba de su piel flotaba entre ellos electrizándoles la piel. Empezaban a sentirse angustiados, debido no al proyecto al que se enfrentaban, sino a la tristeza acumulado por su acompañante de ojos amarillos.

Hubert, sujeto con una correa anudada al cuello y liberado ya de las cadenas de sus muñecas, encabezó el grupo, seguido de Arthur y Margaret, y Richard, Paula, Adela y Berta a continuación. La fuerza del viento parecía empujarles hacia la casa a oscuras. En mitad de la calle arruinada, el hogar de los asesinos semejaba un monstruo de piedra, un pequeño edificio gótico dominado por el infierno. A medida que se acercaban al camino de entrada, flanqueado por un pequeño césped y un arriate de flores mustias, percibían la vibración de quienes habían muerto asesinados en la casa. Casi podían sentir el momento exacto de cada uno de los homicidios.

Guardaron silencio y se apostaron en la puerta principal. Hubert empezó a rasgar la madera con las uñas, emitiendo un sonido agudo acallado por el vendaval. Arthur se adelantó, tocó el picaporte y susurró alguna palabra que la oscuridad robó. Un chasquido dentro de la casa indicó que la puerta estaba abierta y disponían de vía libre. Richard avanzó y se puso a la altura de su amigo, desde donde empujó la puerta.

Lo próximo, mediante un esfuerzo común, fue sostener a Hubert mientras los dos hombres le quitaban el bozal. Arthur se inclinó y puso su boca sobre la oreja del monstruo.

-Te prometimos comida. *Busca.*

Hubert lanzó una risa desquiciada y saltó adentro a la par que ellos se retiraban y aguardaban en la puerta.

Resultó espectacular observar la resolución del monstruo, y su habilidad para moverse casi a gatas por la oscuridad del edificio...

Vogt y Darkfield dormían en el mismo dormitorio, en una cama de matrimonio sucia de fluidos. Manchas de sangre reseca despedían un inconfundible olor metálico. Darkfield vestía unos pantalones de cuero negro; Vogt dormía desnudo. El calor era infernal, aunque en la calle habían sobrepasado ya los cero grados y la casa no contaba con calefacción.

Vogt despertó primero y pensó enseguida en la madre de Ann Beetham. ¿Era posible que lo hubiera descubierto? No, decididamente no. De forma que no entendió los ruidos procedentes de la escalera, golpes rápidos y secos contra el suelo. Cuando rastreó el entorno en busca de energía, no percibió ninguna fuerza especial, aunque sí descubrió la presencia de seis personas en la puerta de la casa. Un primer vistazo fue bloqueado y comprendió que después de todo, sí podía haber sido cazado.

Hubert derribó la puerta cuando Vogt agitaba a su compañero para despertarlo. El monstruo saltó sobre Vogt con la pericia de un guepardo; su boca duplicaba el tamaño natural y una demoledora colección de colmillos destellaba en la cavidad. Darkfield abrió los ojos, inmediatamente consciente de la situación, y rodó sobre la cama para caer al suelo. Hizo el esfuerzo de huir. Vogt se llevó las manos a la cabeza, formando una coraza en la posición instintiva de defensa, a sabiendas de que su poder se quedaba en una minucia ante el apetito del demonio. Asimismo sus brazos se revelaron ineficaces. Las mandíbulas del Ladrón de Almas mordieron el codo y lo arrancaron, separando de raíz el brazo. Abandonó el miembro sobre la cama y volvió a cargar. Vogt procuraba protegerse con el brazo sano y la mitad malherida del otro, pero el olor a sangre había completado la locura de Hubert, cuya cabeza se movía como el rotor de un helicóptero, arrancando pedazos de músculo del asesino camino de la cara.

Darkfield miró una vez atrás, desde el pasillo, antes de descender la escalera. Pudo ver al intruso aplastar su cabeza contra la de Vogt; cuando se hizo a un lado, observó que había arrancado la mandíbula inferior y una gran porción de las mejillas. El cráneo pelado de Vogt sangraba como un cerdo malherido e intentaba gritar, pero a falta de la lengua, su voz era un ronco aullido sin articular.

Arthur y los demás permanecían quietos en la puerta de la casa. Desde su posición, aguzando un poco el oído, seguían grito a grito la destrucción de Vogt (primero le fueron arrancados los brazos; a continuación, la cara; por último, Hubert reventó el cráneo y comió gran parte del cerebro, raptando la poderosa alma de Vogt).

Arthur accedió a la memoria de Darkfield en el momento del encuentro. Tuvo una visión terrorífica de la muerte de su nieta. La furia invadió su sangre y avanzó un paso. Darkfield descubrió la compañía y se detuvo en seco. Esbozó una sonrisa sardónica.

-Así que al final, aquí estáis... Tú eres el abuelo de la zorrilla, ¿verdad?

El aludido retrocedió al tiempo que un trueno hizo temblar la vieja casa. El

siguiente rayo se posó en un árbol cercano, partiéndolo en dos y despidiendo una profusa columna de humo.

-Yo soy el abuelo de Ann –dijo Arthur junto a su esposa y sus amigos.

-¿Y... puedo saber qué pensáis hacer *ahora*? ¿Me achucharéis a ese ladrón de almas, uhmm?

Darkfield dio un paso hacia atrás al ver la sonrisa doblada de Arthur. Los demás permanecían pétreos como las cabezas de Pascua, pero el viejo... bien, la cólera de viejo lanzaba fuego desde sus ojos helados.

Arthur, Margaret, Richard, Paula, Adela y Berta cerraron los ojos. Justo en ese momento el cielo se llenó de rayos; los truenos hacían retumbar el mundo. Una corriente de olor a ozono saturó el aire...

Darkfield dio un segundo paso en falso. No percibía la presencia de los ancianos, pero era consciente de que habían abandonado sus cuerpos... y caminaban hacia él... Pensó en la joven Ann Beetham debajo de su panza, retorciéndose sin poder moverse, sometida por su cuerpo. Violada y atormentada. Cuánto placer le proporcionó la jovencita zorra. Incluso su carne tenía la textura perfecta, como pudo comprobar al comérsela.

Un sonido rasgado sonó en su estómago a la par que el dolor de una llama abrió en dos su vientre. Hizo el esfuerzo de doblar el cuerpo sobre la panza, pero una mano invisible le sujeto la cabeza y lo enderezó. Una segunda llama dentro de su vientre provocó un sonoro *¡ras!* Notó la humedad encima del dolor en el abdomen y se llevó la mano para palpar la sangre, pero tan sólo se empapó de sudor. Aquellos hijos de puta lo estaban matando desde dentro. En realidad, el estómago del monstruo estaba reventado y los jugos gástricos empezaban a quemarle las entrañas. El dolor era tan intenso que su visión adquirió un resplandor febril.

Las dos rodillas se partieron a la vez, girando en sentido contrario al movimiento natural de la articulación. *¡Crack!* Darkfield abrió la boca para gritar. En ese momento, dos manos se metieron en la cavidad; una le arrancó la lengua. La otra tironeó de la mejilla, partiéndola en dos. El monstruo flotaba en el aire, con las piernas retorcidas como ramas secas partidas por una bestia del bosque.

El ojo derecho emitió un leve *¡plop!* cuando reventó, lanzando a presión un generoso chorro de humor vítreo. La esclerótica salió de la cuenca y quedó colgada del nervio. A la vez, una fuerza brutal apretaba el cráneo, lo suficiente para lanzar esquirlas de dolor... El hueso cedió con un crujió. Una amplia grieta perforó su cabeza, bajo el sucio cabello, desde la nuca hasta la sien derecha, en forma de zigzag... La materia gris fue expulsada debido a la presión lateral.

La muerte rondaba a Darkfield. Los ancianos reflataron su cuerpo en la oscuridad hasta el dormitorio, donde Hubert daba buena cuenta de los últimos restos de Jason Vogt. Cuando vio carne fresca, se lanzó sobre ella como un perro hambriento sobre un pedazo de carne.

El Ladrón de Almas tardó dos horas más en concluir su cena. Cuando hubo acabado, Arthur, haciéndose visible en forma de luz difusa en mitad de las sombras,

dijo:

-Tienes algo nuestro, Hubert. Dámelo.

El monstruo miró a Arthur y se dirigió a un rincón, donde se retrepó.

-Nada es tuyo. *Todo* es mío. *Todo*.

-Suelta a mi nieta, Hubert. Libera a Ann o te mataremos a ti también.

-No – puedes – obligarme...

Los ancianos dirigieron su energía hacia Arthur, quien la canalizó en un único flujo. Su resplandor llenó la habitación.

-Hubert... Suéltala ahora....

-NO. –Lanzó un rugido de furia. Quería comerse al viejo, pero incluso sumido en su estupidez demente, sabía que no tenía posibilidades de vencer en una lucha tan desigual.

Arthur extendió un brazo señalando al Ladrón. Sin mediar palabra, una especie de corriente de aire... una onda de luz grisácea, casi invisible, de aspecto magmático... conectó su mano con Hubert. Dos segundos después, el cuerpo del monstruo estalló como si hubiera cenado dinamita. Los músculos, huesos, cartílagos y jugos salpicaron la habitación. Una gran mancha de sangre dibujó un cuadro puntillista en el techo.

De repente, un volcán de energía humana llenó la habitación... ¿Cuántas almas habían anidado en el infierno del estómago de Hubert? Duró una milésima de segundo.

Margaret vio a su nieta. Carecía de color y una terrible aflicción, memoria del *otro lado*, contraía sus facciones. No pareció que Ann la viera a ella. Simplemente fue un chispazo de luz en la mortalidad y a continuación se extinguió. Nadie podía saber adonde fue.

*

En realidad la vida no fue más feliz tras la liberación de Ann. Tan sólo desapareció la vieja incertidumbre. El no saber dónde se encontraba Ann fue un martirio cruel. Bien, ahora estaba muerta y lo sabían; también conocían el modo en que los dos monstruos la asesinaron.

La señora Beetham recayó en su enfermedad emocional después de los últimos acontecimientos. Fue ingresada en la planta psiquiátrica de un hospital y a continuación trasladada a un balneario del sur. Ambos tratamientos fueron efectivos en la medida en que puede sanarse el alma despedazada de una madre. Como podría jurar la propia señora Beetham de preguntársele, nunca volvió a conocer la felicidad.

Las chicas brindaron una ayuda impagable a Margaret, una mujer sustancialmente más fuerte y valerosa que su hija. Gracias a ellas, fue capaz de recuperar un poco de calma en su vida. Una tarde, mientras paseaban juntas como

cuatro venerables señoras de edad, vieron a un chico que caminaba de la mano de su padre. Era un poco mayor para tener ese tipo de relación con su padre, pero de cualquier forma parecía una imagen sumamente hermosa. Berta reconoció al hombre mayor. Nicholas Morse. Un rápido vistazo en sus entrañas confirmó dos cosas: que la recuperación del cáncer de su chico iba viento en popa, y que no había abandonado a su amante. Berta llamó la atención de sus amigas sobre los dos varones. Las cuatro mujeres los miraron con una sonrisa. El señor Morse se dio cuenta de que los observaban. No sonrió ni mostró signo alguno de agradecimiento. Volvió la cabeza, apretó fuerte la mano de su hijo y siguió caminando en silencio.

Arthur Roadshow y Richard Masterton continuaron haciendo sus visitas al bosque y contándose sus historias de niñez. Cada vez recurrían al pasado con mayor frecuencia. Conocer algunas cosas de los viejos tiempos les fue de gran utilidad para enfrentarse a los vampiros. Arthur y Richard se preguntaban qué sería de los hombres del futuro sin los antiguos conocimientos.

Ellos dos fueron interrogados por el sheriff Woolfson a propósito de las muertes de Vogt y Darkfield, dos desconocidos procedentes de Chicago acerca de los cuales no existía información adicional. Sus vidas eran sombra. Los cadáveres de las víctimas de los dos últimos años, hallados en el zulo del garaje, introducidos en cubos de latón, constituyeron un revuelo mediático que el sheriff aborrecía. Una vez más, logró fama de incompetente. De hecho, era un tipo endiabladamente astuto y dotado de un enorme talento, pero ningún hombre puede enfrentarse a un caso con un mínimo de posibilidades de resolverlo... si el Demonio anda detrás de todo, confundiendo piezas y manipulando pruebas. El foco de atención se desplazó de Woolfson al FBI cuando estos asumieron las riendas del caso y se vieron aún más limitados que el propio sheriff local. Su incapacidad de rastrear la vida pasada de Vogt y Darkfield fue primera plana en algunos periódicos, incluidas ciertas revistas parapsicológicas, según las cuales Heartsville era un pueblo maldito. En eso no se equivocaban.

El invierno cedió y la primavera se abrió paso en la ciudad espolvoreando de magnificencia y belleza el valle y las montañas. Había muchas flores, desde luego. Todo un espejismo para los atribulados habitantes de un poblado de fantasmas.

Tob Cazamian – www.cielonegro.com

© 2003. Todos los derechos reservados.